



DOMINGO

SANGRIENTO

RICARDO CARTAS



**(Siempre)  
Domingo Sangriento**

*por: Ricardo Cartas*

## **Domingo Sangriento**

Nunca me ha gustado escribir sobre estos temas, pero el haber sido testigo me compromete. El estado en el que están los medios de comunicación en el país me empuja a darles a conocer lo que presencié, aunque sean pocos lectores que visitan este blog. El día de hoy después de beber un par de cervezas en la hora de la comida, mi esposa me pidió que fuera a comprar helado en el parque del Karmen. La comida y la cerveza es una combinación de la que pocas veces salgo victoriosa. Por lo regular espero un tiempo para que su efecto pase; sin embargo, ahora no puse mayor resistencia. El tráfico estaba tranquilo y la mayoría de la gente caminaba arrastrando los pies como se debe hacer en un domingo cualquiera. La heladería siempre estaba llena. Cuatro filas que llegaban hasta el inicio de la calle. Nunca falta la señora gandalla que busca meterse pero afortunadamente los encargados tenían mucha atención con la gente educada. La descubrieron y la atendieron hasta el final. Este parque realmente me gusta, sobre todo la gente que llega. No tiene nada de especial, quizá los puestos de libros, las chicas lindas y las familias jóvenes lo hagan distinto. No sé. Miré el reloj. Quizá me diera tiempo de sentarme un rato y mirar el movimiento del día. Peor decisión no pude haber tomado.

Fui a una banca donde había sombra, junto a una linda mamá casi con la misma edad de mi esposa. Su hija era un poco más grande que la mía. Las saludé, pero a ella no le dio tiempo de hacerlo pues la niña se fue corriendo hacia la fuente que adornaba el centro del parque. Sin embargo, pude notar una sonrisa sugerente. Casi al mismo tiempo llegó uno de mis vecinos que se dedicaba al entrenamiento de perros de raza. El animal que llevaba esa tarde era simplemente increíble, enorme y con unos ojos negros que fácilmente te hipnotizaban. Lo saludé con un abrazo, pero inmediatamente se fue atrás del perro que jugueteaba como loco.

Comía el helado y observaba. Era un ejercicio que siempre me imponía. Tejer historias entre una y otra persona alrededor del parque. La mamá linda regresó con su sonrisa. Platicamos largo y tendido hasta que nos acabamos el helado que tenía que llevar a mi casa. No había problema. Lo de menos era comprar más e inventarle a mi esposa la existencia de un tráfico del carajo. Lo importante es que ella estaba ahí, dispuesta a lo que fuera. Pero fue en ese preciso momento cuando de pronto vi a mi vecino correr. Pude observar en su cara la angustia, como si el demonio lo estuviera persiguiendo. La gente lo señalaba pero yo no podía entender lo que estaba pasando. Ella menos. Nos enteramos cuando vimos al perro correr hacia nosotros. Soltó de su mandíbula un trozo de carne con unos dedos pequeñísimos. Su hocico estaba llena de sangre. La mamá linda comenzó a gritar el nombre de su hija. Después llegó un policía y le vació la pistola al perro. No quise voltear para ver el final de la historia; después alguien me platicó que el agua de la fuente se tiñó de rojo. Yo regresé a mi casa con el helado. Mi esposa estaba un poco molesta por la tardanza. Comimos sin hablar. La televisión lo hacía por nosotros.

## **Terror en la librería**

Tenía un par de meses que no escribía la crónica clásica de los domingos. De hecho tenía pensado dejarla por siempre. De pronto estar en contacto con la muerte de forma cotidiana puede alterar tu equilibrio mental. Sin embargo, hoy fui testigo de una muerte; perdón, esa no es la palabra: ¿testigo?: ¡cómplice!

Desde que era niño los domingos se traducen en largos momentos de ansiedad y aburrimiento. No soporté. Le pregunté a Mayra si quería ir a dar una vuelta. Mi hija se puso feliz y salimos. Les advertí que haríamos un tour a varias librerías. No les importó mucho. La primera fue una que se encuentra en la Av. Juárez, no tenía muchas propuestas en mente pero para matar el tiempo de un domingo no hay nada mejor que perderse entre los estantes de una librería. Ésta es de dos pisos y mi hija deseaba subir. La tomé de la mano, asegurándome que por ningún motivo se me pudiera escapar. Al parecer, mi hija lo entendió y subimos sin ningún problema las escaleras. Vimos muchos títulos y colecciones. Tenía rato que no vagaba por las librerías. Sin embargo, no me sentía en completa libertad. Comenzaban los berrinches de mi hija y el juego de esconderse por todos lados. Su velocidad me estresa, basta un par de segundos para perderla de vista y sentir lo peor. Afortunadamente no había muchos títulos que llamaran mi atención, así que no había segundo en que no estuviera vigilando a mi hija. Hasta que vi El palacio del porno de Jack O'Connell. Era un libro que hacía tiempo quería leer y por fin lo había encontrado. Fueron segundos, no sé, quizá tres o cuatro, lo suficiente para perder de vista a mi hija. El sudor fue frío, el corazón estaba a punto de estallarme. Estaba a punto de gritar cuando se escuchó un fuerte estruendo, como si algo hubiera caído desde el segundo piso. Tenía los ojos cerrados y con un leve zumbido en mis oídos. Cuando los abrí mi hija estaba observándome y tenía en sus manos un libro de historias sobre Hadas. La abracé y bajamos las escaleras con cuidado. Abajo había un montón de gente rodeando un cuerpo que había caído. Al parecer iba solo porque nadie aceptaba conocerlo. Busqué a Mayra, intentaba ver el cuerpo. Fui hacia la caja, saqué mi credencial de descuento y pagué. Regresamos a la casa. Ya habría tiempo para visitar las demás librerías.

## **Buena noche en Veracruz**

Hace algunos meses el Puerto de Veracruz era una de las ciudades más violentas del país. Todo el mundo recuerda aquellas imágenes de los cuerpos tirados en una de las avenidas más transitadas. Los rumores estuvieron de a peso. Hasta llegaron a inventar que el pobre “Ferrás” estaba entre los ultimados.

En diciembre de 2011, la ciudad ya estaba más tranquila. La policía municipal había sido disuelta y todas las calles estaban repletas de soldados.

El fin de semana estuve por ahí y la verdad es que se respira una tranquilidad envidiable. Es más, en los largos paseos que di por el malecón solo vi en una ocasión una patrulla de policía. La gente sonreía y en el zócalo la gente bailaba. Me senté en uno de los restaurantes que están instalados en los portales. Pedí una cerveza y fumé. Estuve ahí un par de horas. Sin pensar en gran cosa, solo observando a las mujeres. No pasó mucho tiempo para que la cerveza hiciera lo suyo. Le pregunté al mesero por el baño y él me indicó la dirección. El camino era una especie de túnel que por el lado derecho estaba bordeado por un cristal que dejaba observar todas las maniobras de la cocina. Cuando la vejiga se llena los sentidos se alteran, además la cantidad de cerveza y el calor creaba una atmósfera casi fantástica. Las cocineras me sonreían mientras que con sus cuchillos le daban a la carne con gusto. Me agradaba su sonrisa. Eran de esas espontáneas, como sí cada vez que iba al baño al pasaba en especial que les disparaba la carcajada.

Es muy fácil enamorarse en Veracruz. Sus mujeres son de lo mejor que he visto y para colmo fui el último en salir del lugar. Pagué y me despedí del mesero. Le pregunté si podía ir por última vez al baño. Las cocineras aún estaban trabajando aunque ya no había nadie en el restaurante. En esta ocasión ya no sonrieron, sus ojos estaban rojos y se percibían unas ojeras tremendas. Intenté despedirme de ellas, pero ni siquiera me hicieron caso. Una de ellas tomó una bolsa negra de basura. Yo fui al baño por última vez.

No sé qué hora era. Me encontré en el camino a la cocinera que había tomado la bolsa negra. La señora arrastraba la pierna y se limpiaba los mocos. Estuve un rato esperando un taxi, junto a mi estaba la bolsa. El taxi nunca pasó. Los que llegaron fueron los militares. Acordonaron la zona y abrieron la bolsa. Desde lejos observé una cabeza y los trozos de carne. Me sentí aliviado por no haber aceptado la botana de carnes frías, por lo demás había sido muy buena noche.

## **Nunca juegues con una musa**

Cada domingo voy a caminar al parque de las Musas. Está a unas cuadras de mi casa. No es precisamente el parque que prefiero pero es el más cercano. Se cuentan muchas cosas sobre ese lugar: asaltos, escenas de sexo, chicos drogándose. Yo lo único que he visto hasta la fecha es un juego de futbol en donde los jugadores se rolaban un toque de mota. Imagen que me sorprendió mucho. ¿Qué condición física tenían estos tipos que aún fumando mota se atrevían a jugar futbol? Y la verdad es que no lo hacían nada mal.

Siempre pasaba en las mañanas cuando me iba a trabajar y por las noches cuando regresaba. Y en verdad, nunca vi nada del otro mundo hasta el día de hoy. Lo peor de todo es que fue a plena luz del día y en domingo familiar.

La historia inicia cuando la pelota de mi hija se fue hacia un charco enorme que parecía una laguna. No había otra posibilidad de rescate más que ir a dar la vuelta donde estaba una de las diez musas de bronce que tiene ese parque. Debo de confesarles que nunca la había visto. Los arbustos y los árboles que la rodeaban no la hacían aparecer a primera vista. Tampoco era precisamente la más hermosa. Era extraña. Sus piernas eran muy cortas y las tetas muy largas. El rostro impenetrable. Una obra de arte sin alma, con la única intención de transmitir efectos de asco. Quizá no era ningún crítico de arte, pero tenía el suficiente gusto para detectar bodrios. Sonreí y fui en busca de la pelota de mi hija. Para mi sorpresa la pelota había desaparecido. Busqué alrededor al presunto ladrón pero no había ningún sospechoso. No le di tanta importancia.

Continué con mi caminata, mostrándole a mi hija los tipos de árboles, intentando estimularla para hablar. Fue ella la que me hizo voltear. Sí, era una niña como de cuatro o cinco años que jugaba con la pelota de mi hija. No quise verme como un macabro anciano que goza con quitarle juguetes a los niños. Sólo esperé, tenía que ir con un adulto, su madre, no sé, alguien. Era imposible que una niña de esa edad fuera sola al parque.

Pero ese adulto nunca apareció. La niña iba caminando lentamente entre juego y juego hacia la extraña musa. Yo siempre guardé mi distancia. Pero otro señor intentó detener a la niña para que se acercara al charco. La niña soltó un grito que toda la gente que estaba alrededor pensó o mal pensó que el hombre intentaba hacerle algo a la niña. El señor se retiró lentamente, pero al intentar cruzar la "25" un auto salió de la nada y lo atropelló. Todo el mundo fue a ver el cuerpo. La niña fue hacia la musa, cruzó el charco sin ensuciarse como si hubiera levitado. Ella se dio cuenta de que yo era el único que la estaba viendo. Me hizo la señal para que guardara silencio y me devolvió la pelota. Me agaché para dársela a mi hija y cuando regresé la vista, la niña ya no estaba, sólo se hallaba la musa. Regresé a mi casa pensando en la relación de la musa y la niña, en el pobre hombre atropellado. Mientras mi pequeña hija intentaba advertirme que algo nos seguía desde que salimos del parque. Por nada del mundo iba a voltear.

## **Safari Dominical**

Hice cuentas. Han pasado veinticinco años desde que estuve por primera vez en este zoológico. Es raro pero aún me acuerdo de esa visita y del paseo en elefante. Tengo una foto para los que no crean.

Accedí a ir. Los domingos son días en que es necesario acceder a todo, hay que buscar la forma de sobrevivir. Manejé media hora hasta Valsequillo. El calor estaba en su punto 32° y yo comenzaba a tener sed. Domingo y quincena. Larga fila y aún así los empleados no pierden el ánimo, se muestran educados y cordiales. Qué bueno que nunca trabajé en un lugar de esos. Quizá hubiera soltado a los tigres para que se comieran a todos y después dejarlos en libertad. Aunque en ese estado, en “libertad” quizá duren mucho menos tiempo. Se la pasarán bien por un rato pero no faltará quien, no les faltará la ocasión para que pierdan la vida.

Me agradó el paseo. Vi muchos animales que sólo ahí se pueden observar: cebras, changos, tigres, elefantes y otros que no tengo idea de sus nombres. Las familias estaban felices. La mía lo era. A mi hija se le llenaban de luz los ojos cuando veía a las bestias caminar junto a nuestro auto. Les mandaba besos, ojitos, ustedes ya saben. Después llegamos a la zona de contacto y nos encontramos con más animales. Caballos pequeños, canguros, murciélagos y el mariposario, esto era el jodido paraíso. Todo era paz, el clima increíble, el agua corriendo, miles de mariposas volando en el aire sin temor que llegara un escritor degenerado a atraparlas. Mi esposa tuvo que rogarme para que me saliera. En verdad, ese lugar es el paraíso. Juré en ese momento tener un lugar de esos cuando tuviera una casa. Sin embargo, lo que más me llamó la atención fue el comportamiento de la gente. No sé si sólo la gente educada está interesada en ese tipo de lugares, pero en verdad, no había muestra de patán alguno. Ni siquiera había basura tirada. Eso me relajó y hasta me tomé una cerveza viendo cómo unos changos corrían. A pesar de todo éramos una familia feliz. Lo tenía que reconocer.

Al final, cuando se nos acabó el tiempo fuimos corriendo al auto. Teníamos media hora para llegar a una comida. Mi esposa dijo que ella conocía un camino más corto para llegar a la salida. Le dije que no era de buen gusto hacer ese tipo de cosas, que nos veríamos muy gandallas. Ella siempre gana. Nos metimos por un camino prohibido y de inmediato nos encontramos con un tigre blanco, completamente blanco que se devoraba a un hombre con una playera del América. Entendí todo, le toqué el claxon al tigre para ver si se apuraba.

## **El gatote Pancho**

Hace un par de años impartí un taller de cuento en el penal de Huejotzingo. Fue una experiencia tremenda que hasta el momento recuerdo con mucho cariño. Sobre todo a un chico que escribió un increíble cuento sobre un gato modificado genéticamente (casi) que llegó a conmovernos. Intenté recuperar el texto original, pero no lo pude encontrar. Así que antes de que pase más tiempo y la memoria lo borre del todo, escribo lo que aún recuerdo:

### ***El gatote Pancho***

*Cuando vivía con mis papás tuve un gato, un gatote que media un metro de largo y era tan gordo como un cerdo. Se hizo así de grande porque le inyecté anabólicos desde pequeño, desde que me lo regaló la vecina. Yo sólo quería saber hasta dónde podía crecer.*

*Lo malo no fue el tamaño sino que se convirtió en un animal muy violento. Mi mamá estaba harta de tanto desmadre con el gato Pancho. Y la cosas se puso peor cuando Pancho mató a una rata y la anduvo trayendo de aquí para allá como si fuera su mascota hasta que se aburrí. Fue casi una semana de andarla trayendo y nadie se la podía arrebatar porque ¿quién se atrevía a enfrentar al gato?*

*Cuando ya no fue de su agrado, la dejó en la cocina, en la mesa en donde mi mamá siempre hacía la comida. Ella se había ido a trabajar, así que aproveché el tiempo para ver qué es lo que tenía la rata adentro. Con el cuchillo de mi mamá abrí la rata, separé cada uno de sus órganos, la pelé todita hasta dejarla en huesos. Le saqué los sesos y en su cráneo entró exacto mi dedo índice.*

*Pancho me miraba atento, quizá un poco enojado porque veía que estaba muy entretenido con su ex mascota. En ese momento entró mi mamá y cuando se dio cuenta de que había hecho todas esas porquerías con sus trastes, fue directo hacia mí, para agarrarme de las greñas, para decirme que estaba harta, que era un enfermo mental, que era un desquiciado, que mañana a primera hora me iba a llevar al psicólogo. El gato estaba contento y yo siempre digo que sí a todo lo que me dice mi mamá.*



## **La mano sangrienta**

Quizá para ustedes sea extraño, pero para mí es lo más normal. Fue hoy, después de regresar a casa de mis padres, cuando se me ocurrió ir a Chedraui a comprar una pequeña pantalla para mi estudio. Siempre tengo problemas para ver mis películas porque mi hija o Mayra casi siempre están ocupando la tele. Sin embargo, algo no me convencía de comprarla. Al llegar al lugar, fui de inmediato a la zona de pantallas y ahí estaba, a 15 meses sin intereses, dispuesta a irse conmigo. Al principio dije no, ¿para qué?, no debo de comportarme como un voraz consumidor. Fui a darme otra vuelta y sin querer regresé a la pantalla. Y entonces fue ahí, donde sentí un golpe en mis tenis. Bajé la mirada y era una mano aún con sangre fresca.

Sabía que dejar la nicotina iba a tener fuertes consecuencias, así que agarré vuelo y le di una patada. Fui a darme una vuelta por las playeras, pero no podía dejar de pensar en la pantalla. Pues en ese instante estaba otra vez la mano, jalándome el pantalón hacia los electrodomésticos. Volví a patearla y entonces supe que se trataba de una señal divina, de una lucha interna entre el bien y el mal. Después llegó Mayra con mi hija y entonces les pregunté si creían buena idea comprar esa pantalla a 15 meses sin intereses.

-Claro, siempre la has querido y está muy barata.

Y entonces sentó el jalón de la mano. Fui y la pedí, decidido, mientras la mano me acariciaba el tobillo. Cuando me dieron la caja la mano desapareció. La subí a mi auto y entonces imaginé todas las películas que no me iba a perder. Ahora ya tenía todo preparado para ser un hombre más feliz.

Nunca me ha gustado armar aparatos. La cabeza me duele, la desesperación me gana, pero ahora lo hice con gusto. La base quedó un poco floja, pero era suficiente para sostenerse. Después conecté el Blu Ray, pero al momento de intentar reproducir la película, la pantalla no jalaba y no jalaba y no jaló. En ese momento las orejas se me pusieron rojas, calientes, sentí tanto enojo que quería acabarme una cajetilla de cigarros entera y entonces apareció la mano. No supe descifrarlo muy bien, pero seguramente estaba muriéndose de la risa, se arrastró hacia la caja de la pantalla y se acomodó entre los pedazos de uncel, seguro que me creía el peor de los idiotas.

## **La comida de los perros**

Hoy en la mañana fui a caminar por los terrenos de cultivo en San Hipólito Xochiltenango. El camino está lleno de basura y el agua está completamente contaminada. Lo primero que pensé es cómo habría sido ese lugar hace 10 años. Quizá un paraíso. Afortunadamente mientras uno sigue caminando, el lugar se va limpiando, los campos están verdes y el agua se clarea. Fui con Indira y Mayra. Mi hija estaba encantada en el lugar, sobre todo en un pequeño pastizal junto a un arrollo. El lugar estaba increíble, uno quisiera quedarse ahí toda la vida.

Sin embargo, a lo lejos pude distinguir el cuerpo de un hombre. No quise alterar a nadie, así que solo hice señas a Mayra para que lo observara y nos fuéramos de inmediato. Era un hombre grande. No sabía si estaba vivo o muerto, pero no lucía nada bien.

En ese momento comenzamos a escuchar el ruido de una moto y atrás de ellos una jauría completa, enrabiada, mostrando su lado más salvaje. Tuvimos que escondernos hasta que se hizo el silencio.

Salimos de nuestro escondite y lo primero que busqué fue el cuerpo del señor el cual había desaparecido. No sé si los perros habían sido los culpables. Regresamos por el mismo camino, rumbo a los campos de basura. El canal de agua nos acompañaba, aunque ahora estaba teñido de rojo. Pensé en los perros y en el cuerpo del señor. Buen provecho, le dije a la nada.

## **La chica hermosa**

Quizá tiene un par de años que no escribía la crónica del domingo sangriento, pero lo que me pasó hoy en la mañana, me orilla a retomarlos. Hoy Mayra y yo despertamos con un poco de resaca. Ayer hubo una reunión familiar muy emotiva y bueno, ustedes han de saber en qué acaban ese tipo de reuniones. Así que decidimos ir a desayunar a un lugar que tiene juegos para nuestra hija. Los tres podíamos estar tranquilos, Mayra y yo con nuestras computadoras mientras Indira juega. Estuvimos cerca de dos horas en el lugar hasta que llegó la hora de pagar la cuenta y darle una propina a la niñera. Cuando revisé mi cartera sólo tenía mi tarjeta de débito, nada de efectivo. No tuve de otra que ir en busca de un cajero, pero antes tenía que ir al baño.

Ahí fue donde la encontré. En el corredor vi a una chica hermosa, de unos veintiún años con un pequeño vestido que hacía relucir su cuerpo. Me puse muy nervioso y creo que ella también porque cuando estuvimos frente a frente, tras una serie de equivocaciones en nuestro paso, tuve que tomarla de la mano darle el paso. Ella sonrió y me dio las gracias. Ella siguió su camino hacia los pasillos del segundo piso y yo fui a buscar dinero. La cola era enorme y el calor tremendo. Tarde cerca de cuarenta minutos y cuando regresé al restaurante, lo primero que vi fue una ambulancia. Unos paramédicos llevaban en una camilla a una joven delgada, bendecida por los años de juventud. La gente en el lugar estaba enloquecida y Mayra no era la excepción. Me dijo que ella estaba comiendo cuando la vio caer.

“Era una chica hermosa” con un vestido corto y con las piernas más bellas que había visto. Era ella, la que le había tomado la mano y me había sonreído. Todos lloraban y yo pensaba en lo hermosa que se vería en el ataúd.

## **El cristo del buen morir**

Los días extraños los puedes identificar desde el primer instante. Las señales aunque cotidianas siempre salen a la luz. El gas se acabó mientras me bañaba y alguien me advirtió ¿Vas a ir a dar taller en Tehuacán? ¿Habrás en periodo vacacional? Tráfico, por un instante estuve a punto de regresar, pero al final estaba en el museo regional de Tehuacán a las 4:10 pm. La biblioteca estaba cerrada. Estaba nervioso, llevo muchos días sin fumar y eso me convierte en un energúmeno. Me fui a una banca y vi a uno de mis alumnos llegar. Me tranquilizó saber que no me había equivocado de día. Después llegaron un par más de alumnos. Platicamos y esperamos a que abrieran la biblioteca. Los minutos pasaban tan lentos que de plano les ofrecí empezar el taller en las bancas del parque. Sólo una de mis alumnos llevaba texto. Un cuento policiaco clásico, una familia asesinada por un sobrino envidioso que se quiere quedar con todo el dinero. Le dije que iba bien. Las historias con sangre siempre tienen más posibilidades de éxito. Nos despedimos y yo aproveché el tiempo para ir al Museo Regional. Tengo un año y medio yendo a Tehuacán y nunca había tenido oportunidad de entrar. En la entrada no había nadie. Esperé. Aquí siempre se tiene que esperar y como no había nadie, me metí. Los museos regionales, regularmente, me dan mucha flojera, pero ahora tenía un ánimo distinto. Me pareció genial. Sorprendente cada una de las piezas y la importancia que tiene Tehuacán. Gocé como nunca, sin prisas y sin gente. El museo tiene dos salas y unos cuantos pasillos con objetos sin importancia. Justo cuando salí de la sala principal escuché el portazo, el cierre de una gran puerta. Me espantó el ruido, pero después el silencio me tranquilizó. Continué caminando. Moría por un cigarro, quise tomar un atajo en el interior del museo para salir y comprar algo de tabaco. Los pasillos eran oscuros y ahí fue donde encontré una especie de bodega con algunas esculturas de cartón de hombres muertos. Algunos carteles decían: “Cristo del buen morir: En San Gabriel Chilac existen personas que se les llama Temacahuani, quienes se encargan de encaminar a un moribundo hacia el más allá (la eternidad) “Ouh Kin Makahua”. Este CRISTO lo empleó un Temacahuani hace más de un siglo llamado Timoteo Séptimo”. Tomé unas fotos y cuando di la vuelta por fin alguien se hizo presente. Era una chica alta y morena. No estaba nada mal y sonreí. Ella se quedó seria, no hizo ninguna expresión, sólo tomó un Cristo enorme de madera y comenzó a caminar. Fue un acto instintivo seguirla. Me llevó por un pasillo lleno de animales disecados y por fin la salida. Abrió el portón y me ofreció el Cristo. Ni siquiera lo toqué. No me podía llevar un objeto como esos a mi casa. Salí del museo y pensé en ella, en preguntarle por qué me estaba dando el Cristo. Cuando regresé el portón estaba cerrado y un cartel que decía. “Cerrado por remodelación. La apertura será en el mes de septiembre”.

## **El gato**

Hace tiempo tuve un gato. Era un bebé gato. El compañero que me lo regaló me dio todas las indicaciones para alimentarlo, pero todas las consideré exageradas. Pensaba que un animal de esos podría sobrevivir solo, entre la hierva y la basura que había en el patio.

Vi al gato jugueteando la primera semana, pero después desapareció. Supuse que había huido con alguna gata como lo hacen todos los machos. Me engañaba; sabía muy bien que el pobre debía de estar muriendo de hambre, metido entre las enredaderas sin fuerza para espantar a las moscas que lo merodeaban.

En la noche, cuando soñaba veía al gato temblando, esperando el momento en que la muerte se lo llevara.

Después de un par de meses mi madre me preguntó qué íbamos a hacer por ese animal: “Se lo están comiendo los gusanos”. Ni siquiera pude hablar cuando lo vi, enjutado y con cientos de animales blancos carcomiendo su cuerpo que aún vivía. Mi madre tomó la decisión. Tomó al gato y lo puso en una bolsa. Minutos después lo echó al camión de la basura. Me imaginé su trayecto. Su muerte que lo liberaría del sufrimiento. No puedo tener ningún sentimiento hacia aquellos animales, pero sé que ellos hacia mi, sí. Cada vez que paso junto a uno, me cambio de acera y reviso mi cuello para ver si está limpio de gusanos.

## Viaje a la farmacia

Prácticamente pasé toda la noche en vela. Mi hija enfermó por una infección en el estómago. Estaba durmiendo junto a ella cuando despertó aterrorizada por aquella sensación que rompía todos sus límites de dolor. No sólo ella experimentaba límites, el dolor de ver a tu hija enferma es un asunto muy fuerte que ni el hombre más frío puede pasar por alto. Mayra estaba peor que yo, ella estaba completamente desesperada, el vómito no cedió durante un largo periodo y era eminente la presencia de una infección. Por suerte ese día no había bebido, aunque un mareo extraño se iba apoderando de mí. Salí de la casa en busca del medicamento. La farmacia estaba a unas cuadras, así que decidí ir caminando sin darle mucha importancia que fueran las tres de la mañana y que abría la posibilidad de que pudiera pasarme todo. Caminé por la acera, fijándome en los detalles de la calle, las leyendas de las paredes. Todo estaba en completa quietud hasta que un coche grande y negro comenzó a avanzar hacia mí. Por un momento pensé que era mi última imagen antes de la muerte. El auto pasó. Un hombre con gafas iba manejando y ni si quiera se tomó la molestia de voltearme a ver. Sonreí. El ritmo cardíaco se restablecía cuando escuché un ruido como si alguien se hubiera caído justo a unos pasos detrás de mí. No estaba seguro si voltear era lo más conveniente. Pensé en el hombre de las gafas, en mi hija esperando su medicina. Sabía que no era conveniente pero finalmente lo hice. No pude creer lo que estaba viendo. Era ella, Leticia, la rubia vecina con la cual nunca pude llegar más allá del saludo. Estaba tirada en el piso sobando uno de sus tobillos. ¿Estás bien? —le pregunté fríamente. No podía olvidar las muecas que ella se esforzaba en proyectarme cada vez que me acercaba. Sin embargo, hoy sonrió y me contestó amablemente que no me preocupara. La ayudé a pararse. Me dijo que iba a la farmacia por unos cigarrillos. Desde luego que estaba mintiendo, pero no quise entrar en detalle. Le dije que yo también iba para allá, que mi hija estaba enferma. Ella se pondrá bien —me dijo muy segura, pero ten cuidado con esas infecciones, quizá después tenga problemas. Leticia en la madrugada era otra, mucho más bella y amable. Antes de entrar a la farmacia se lo confesé. Ella fingió no haber escuchado, pero sus ojos se llenaron de lágrimas. Entramos juntos a la farmacia, las encargadas nos veían extraño, hasta sentí la sensación de que nos veían con miedo, como si los fuéramos a asaltar en cualquier momento. Pagué y salimos. Leticia me tomó del brazo, caminamos sin hablar hasta su casa. No pude contenerme, la besé largo y amorosamente, recordando aquellos años cuando aún estaba viva, hace diez años apenas. Muy de vez en cuando se aparece; yo siempre aprovecho cuando la veo. Regresé a mi casa y mi niña ya estaba jugando con su caballo rosa como si nada hubiera pasado.

DOMINGO  
SANGRIENTO